

EN UN PUEBLO DE CASTILLA

Se levantó como cada día, al amanecer; su madre ya le tenía preparado un tazón de leche caliente. Se la bebió casi quemando y miró a su madre, que le tendía un paquete con un bocadillo. Sin preguntar, sabía lo que contenía. Un cantero de hogaza del día anterior y unas magras de tocino, que la boca se le hizo agua solo de pensarlo.

—Venga, date prisa, que ya está tu padre allí —le dijo la madre.

El muchacho, sin más, salió a la calle.

Por el camino, aún oscuro, pensaba: “otro día más sin ir a la escuela”. Esto le enfurecía, pero nadie lo notaba, porque no salía de su boca ni una simple queja.

Había algo más que le quemaba el alma y le entristecía; su madre nunca le despedía con una caricia o con un abrazo, lo que le hacía rugir por dentro y le obligaba a caminar más deprisa aún, mientras se sorbía las lágrimas que, a veces intentaban escapar.

Llegó al Tejar cuando ya el día clareaba, un gallo anunciaba la salida del sol.

Antes de entrar tiró una piedra a algo que se movía por el campo, una perdiz levantó el vuelo apresurada, antes de que Robertín hiciera intención de lanzarle otra. Siempre andaba con su tirador a cuestas. No era la primera vez que algún pajarillo había ido a parar al puchero de casa.

—Prepárate que hoy vas con el tío Manolo y el tío Félix al pinar —le dijo su padre—, tenemos que ir a recoger la leña, que ya está seca, para quemar los ladrillos. No te olvides de cargar las horcas en el remolque.

Había que echar tres horcas, porque, aunque fueran más grandes que él, siempre llevaba una para protegerse.

Tío Manolo y tío Félix se encargaban de enganchar el remolque al tractor y se disponían a salir cuanto antes, había que volver a la hora de la comida.

—Muchacho, sube al remolque —le dijo uno de sus tíos.

Aunque el remolque le doblaba en altura, era un tipo ágil y no le costaba trabajo encaramarse a él.

Protegido por una raída manta, se disponían a marchar hacia el pinar. Ya había amanecido y podía ver cómo sus amigos se dirigían a la escuela.

“Hoy tampoco podré jugar al fútbol en el recreo” pensaba Robertín. Hoy su diversión sería el tirachinas y su horca protectora.

Cuando llegaron al pinar, localizaban los montones de leña que habían cortado semanas antes y, como ya estaba seca, había que ir subiendo al remolque. Él se quedaba arriba para colocarla mientras sus tíos le iban lanzando la leña, con las horcas que él había cargado en el Tejar.

De vez en cuando bajaba del remolque para recoger la leña menuda que quedaba en cada montón. Con su horca en ristre, la iba amontonando para que sus tíos pudieran lanzarla después al remolque, para aprovechar, de esta manera, toda la leña que se había cortado y no quedara nada por el pinar.

Esta operación, que a él le tocaba realizar, le producía cierta tensión y sus tíos lo sabían. El motivo no era otro que, por aquellos días, de cada uno de los montones que se terminaba de limpiar y cargar, siempre salía un lagarto, el cual había estado aletargado debajo del montón de leña.

Lo que para los demás era una pequeña diversión, para él suponía tensión y miedo.

Como ya le había ocurrido muchas veces, utilizaba la horca como medio de defensa. Clavaba los pinchos en la tierra y se subía en ella para huir del lagarto que se dirigía a él sin remedio.

Sus tíos reían esta situación, pero él se mantenía en lo alto de la horca, hasta que estos conseguían cazarle y después echarle a la lumbre para la comida.

El remolque ya estaba cargado por completo y había que disponerse a volver al Tejar.

Robertín no sabía si esta tarde tendría que volver al pinar, colocar la leña, para quemar los ladrillos o podría volver a la escuela un rato para después jugar con sus amigos.

La altura del remolque era considerable cuando estaba cargado, él se encaramaba arriba del todo y el horizonte se alargaba, mucho más.

–Robertín –dijo su tío Manolo–. ¿Te apetece un tomate de la huerta de Pete?

–Claro tío –contestó el muchacho.

Pararon el tractor y se dejó deslizar hasta el suelo, a través del montón de leña. Este momento sí le gustaba. Le dejaban recorrer la huerta entera y su amigo Pete le permitía coger lo que se le antojara.

–Otro día sin escuela muchacho –le dijo Pete.

–Pero esta tarde sí voy –contestó él.

De nuevo en ruta para el Tejar y, encaramado en su atalaya particular, disfrutaba con el tirachinas que, para eso se había llenado los bolsillos de piedrecitas.

Ya era casi la hora de comer cuando llegaron al Tejar y enseguida se dio cuenta de que esta tarde tampoco iba a poder ir a la escuela. Estaba la pila llena de barro y eso le indicaba que, después de comer, colocarían la leña y a continuación cortarían esa pila de ladrillos. Esta tarde se iba a hacer muy larga para Robertín.

–No te entretengas en la comida que hay mucho que hacer esta tarde –le dijo su padre–. Por cierto. ¿Te han salido muchos lagartos esta mañana?

–Sí, padre –contestó –. Y lo que más me molesta es que los tíos se reían de mí.

–Pues espábilate –le espetó el padre–. Vas para nueve años y no entiendo cómo puedes tener tanto miedo de esos animales.

El tiempo de la comida pasó muy rápido y sabía que no podría descansar, que no había tiempo para ello. El ruido del motor “Dieter” empezaba a sonar y esa era la señal de que se comenzaba a cortar los ladrillos.

La era estaba limpia y los carretillos dispuestos para realizar una labor que duraría tres horas.

Robertín acudía a recoger su carretillo, aquí no había ninguno apropiado a su estatura y su peso, por lo que el esfuerzo se hacía más patente en él que en los demás.

Solo necesitaba un calzón para hacer este trabajo. No llevaba camiseta y prefería ir descalzo. Su color de piel era de un moreno diferente, su joven piel ya lo tenía incrustado y no le daba ningún temor el sol.

Aunque el verano acababa de despuntar, a esas horas en las que estaban tendiendo ladrillos, el sol apretaba una barbaridad en la meseta castellana.

Durante las siguientes tres horas, todo era un ir y venir con el carretillo, para cargar, en cada viaje, diez ladrillos y tenderlos en la era del Tejar para que se secaran. Él sabía que terminaría exhausto, pero nunca se quejaba. Una parada, en el centro de esta tarea y todos se disponían a merendar un poco.

–Ten cuidado Robertín, tienes la manía de no levantar rectos los ladrillos de la mesa de cortar y siempre los sacas con una rebaba que, a la hora de cocerlos, queda muy feo –le reprocharon sus tíos y su padre.

Cada uno de estos comentarios los iba acumulando en su pequeña memoria y procuraba, a la próxima vez, no volver a cometer el mismo error.

Antes de que terminaran de cortar la pila de ladrillos, tuvo una visita, que para él no era, ni mucho menos inesperada, la mayoría de las veces que no acudía a la escuela. Su querido maestro se pasaba a visitarle al Tejar. Para el muchacho era una visita muy agradable. Para el maestro era un mal trago ver cómo sudaba, con tan poca edad, por culpa de la dureza de ese trabajo.

–Buenas tardes Roberto –le dijo el maestro–. Me imaginaba que hoy te tocaba tender ladrillos.

–Buenas tardes D. Julio –contestó el muchacho–. Hoy no he podido ni jugar un rato.

Mañana creo que tampoco voy a poder ir porque hay que desencañar los hornos y, además, creo que viene el camión de Langa para cargar ladrillos.

– ¿Quieres que hagamos unos ejercicios en casa cuando termines, o estarás muy cansado –le dijo D. Julio?

–Me gustaría, pero si me duermo, no se enfade.

El maestro se quedó un buen rato viéndole trabajar. Le gustaba observar la destreza que tenía tendiendo ladrillos. La misma velocidad que cuando jugaba al fútbol con sus amigos en el Hortinal. No en vano, le comparaban con el mítico jugador del Real Madrid, Paco Gento; menudo de complexión, pero con una velocidad endiablada.

Cuando se terminó de cortar ladrillos y el muchacho se lavó un poco, D. Julio y él se pusieron a repasar algunos ejercicios de la escuela. Robertín agradecía este gesto de su maestro a pesar de su corta edad.

No tardó mucho en irse a la cama, el día había sido muy duro y muy largo, pero se imaginaba que el día de mañana iba a ser tanto o más que el de hoy.

Cenó poco, un vaso de leche con algún bollo y derecho a la cama, esta vez no tenía ganas de leer nada antes de dormir.

Era una bonita mañana y se levantó como un resorte; hoy sería un día muy duro, conociendo los trabajos que había que llevar a cabo. Aprovechando el frescor de la mañana, comenzaron a sacar los ladrillos de los dos hornos que se había cocido hace dos días. Aparentemente ya se habían enfriado lo suficiente como para manejarlos y apilarlos en la era para después cargarlos en el camión o en el tractor para llevar a alguna obra de Madrigal.

Como siempre. él debía meterse en el horno y comenzar a sacar los ladrillos para que los demás los fueran apilando.

Había que aprovechar el frescor de la mañana para poder hacer esta operación porque, a pesar de llevar dos días apagados los hornos, dentro de ellos, era un verdadero infierno. Las manos se le desollaban con la aspereza de los ladrillos, carecía de guantes para poder cogerlos y este tiempo, dentro, se le hacía eterno.

Toda la mañana les llevó desencañar los dos hornos y el pobre Robertín estaba roto. Pero aún le quedaba una parte muy dura para por la tarde; se había enterado de que venía a cargar el camión del almacén de Langa y ya se estaba imaginando la paliza que iba a llevar su menudo cuerpo.

Estaba tan cansado que, después de comer, se durmió un poco de siesta. Cuando se despertó, se puso a llenar la pila de tierra y agua para hacer el barro necesario para cortar ladrillos al día siguiente. La pila donde se hacía el barro era muy grande para él; sus seis metros de largo y tres de ancho, con una profundidad de algo más de medio metro, no dejaba de ser un ejercicio tremendamente duro para su pequeño cuerpo.

Eran casi las seis de la tarde cuando alguien gritó.

– ¡Ya viene el camión de Langa a cargar!

Todos dejaron de pisar el barro y de llenar la pila para ponerse a cargar el camión.

Robertín ya iba encaminado para subirse al camión y colocar él solo los ladrillos que le iban acercando su padre y sus tíos; pero esta tarde, el muchacho tuvo una sorpresa que no se la podía ni imaginar. Su tío Félix, viendo el día tan duro que el muchacho había tenido, se acercó a él y sin que nadie se enterara le dijo al oído.

–Robertín, date la vuelta y echa a correr al Hortinal. Tus amigos estarán jugando aún, no te detengas y vete, yo hablaré con tu padre. Vete ya.

El muchacho no se lo podía creer y no pensó en las consecuencias que pudiera acarrearle, ante su padre, una acción como esta. Ni corto ni perezoso, emprendió a correr camino al Hortinal, con una velocidad vertiginosa, no miró atrás nunca y desapareció en un momento.